nera, entiendo haber probado bastante que nada he dicho fuera de razon; y que, siguiendo mi dictámen, nada hareis indigno de vosotros, evitareis la guerra y dareis á todos los pueblos una grande opinion de vuestra sabiduría.

En cuanto á aquellos que poco inquietos por las consecuencias de la guerra, no temen adelantarse á decir que debemos desafiar todos sus azares, que escuchen este raciocinio. Dejamos á Orope á los tebanos; si se nos preguntase: ¿cuál es el verdadero motivo? es, diriamos, evitarnos el embarazo de la guerra. En virtud del tratado de paz, acabamos de ceder al rey de Macedonia la ciudad de Amphípolis: permitimos que los cardianos se separasen de los otros pueblos del Chersoneso; que el rey de Caria ocupase las islas de Chio, Cos y Rodas, que los bizantinos se lleven por el mar nuestros navíos. ¿Y por qué hemos hecho todo esto? Sin duda porque pensamos que nos es más útil gozar de la paz y del reposo, que suscitarnos enemigos y mover querellas por objetos semejantes. ¿No seria pues el colmo de la locura, que por un título vano y quimérico se os viese desafiar al mismo tiempo todas estas potencias, á vosotros, que temiendo ofenderlas á cada una en particular, sacrificais por lo comun intereses más caros y esenciales?"

OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE LA COMPOSICION PRECEDENTE

Es muy grato para los amigos de la buena literatura ofrecer por la primera vez (1) á la expectacion pública una de aquellas composiciones insignes que más dieron á conocer el eminente patriotismo, la consumada política y los talentos superiores del primer orador del mundo.

Asustado este grande hombre de los males que inundarian á la República, si ésta interrumpia la paz de que entónces disfrutaba, reune los medios para persuadir á los atenienses la justicia de sus temores, y sube á la tribuna del pueblo, como lo tenia de costumbre, á fin de conseguir por el influjo de la elocuencia convertir á su verdadero objeto las miradas de los ciudadanos, y fijar el corazon inconstante y lijero de sus compatriotas, ofreciéndoles las inestimables ventajas de la paz.

Se introduce reprochándoles este defecto, prometiéndoles un buen resultado si secundan sus votos, y anunciándoles que contra su ordinaria

(1) En Morelia.

costumbre vá á recordarles aquellos infortunios que habian recibido, por no haberse aprovechado de sus dictámenes, cuya importancia habia justificado la más dolorosa experiencia. Señala despues tres acontecimientos infaustos en que se mira resplandecer el patriotismo, la prevision y sabiduría del orador, y la ligereza, inconstancia y ceguedad del pueblo que le escuchaba; y tratando de investigar la causa de esto, descubre que todo consiste en aquella firmeza de carácter que ni vacila con los amagos del poder, ni sucumbe á los halagos de la seduccion, ni cede con la brillante perspectiva del oro.

¿Qué mas necesitaba Demóstenes para que sus medidas fuesen adoptadas con la veneracion debida á los oráculos, y la gratitud de un pueblo entusiasta y reconocido?

Con una preparacion tan ventajosa les anuncia con firmeza su opinion de que la paz se conserve, no como un beneficio positivo, sino como el menor de los males en un tiempo en que ya no se cuenta con ninguno de los innumerables anteriores recursos que los atenienses habian dejado escapar de las manos.

Para persuadirlos mejor, que seria sobremanera arriesgado poner á los pueblos de la asamblea de los amphyctiones en el caso de hacerles la guerra, no cree necesario ocultar algunas re-

flexiones que podian ser contrarias á la necesidad de esta medida; y así es que las presenta, diciendo que ni los tebanos tomarian parte con Filipo contra los atenienses en caso de reclamarles estos con las armas la ciudad de Amphípolis, ni tampoco tendrían motivos para temer á los griegos, en caso de entrar en guerra con los tebanos; porque el espíritu de las confederaciones arrastra siempre las pretensiones de los aliados á favor de la causa justa, y nunca hácia el preponderante engrandecimiento de un estado.

Pero si por motivos peculiares é independientes podia sostenerse la guerra sin peligro de una influencia exterior, nunca pudiera afirmarse otro tanto cuando la causa de declararla afectase á los intereses de muchos pueblos, porque entónces se ligarían fuertemente aun contra su gusto para oprimir á los atenienses. Este concepto lleno de política y de sabiduría, sostenido con los mejores ejemplos para pesuadirle, cierra y con mucho triunfo la parte confirmativa de esta composicion oratoria, la cual concluye con una buena prolépsis, cuya resolucion ataca las miras de ciertos espíritus imprudentes y cavilosos que so pretexto de evitar una afrenta, parecian sostener que Aténas se hallaba en el caso de aventurarse á todos los azares y peligros de la guerra. Con un argumento urgentísimo por ser muy

personal y demasiado solemne, los combate sin réplica; pues quienes habian hecho en obsequio de la paz sacrificios demasiado costosos como era el de Orope que habian tomado á los tebanos; Chio, Cos y Rodas, ocupadas por el rey de Caria, y otros de igual naturaleza, no podian sin un exceso de barbarie y locura, provocar por el vano título de Amphyctiones la terrible cólera de los pueblos confederados.

Si en el género deliberativo, la perfeccion del arte consiste en buenas y sólidas razones, coordinarlas, darlas toda la fuerza de que son susceptibles, desenvolverlas sin una oscura prolijidad, consultar de contínuo á la experiencia, que es la mejor maestra del espíritu humano, seguir fielmente el orden de los sucesos para calcular su influencia respectiva en las operaciones de gobierno y en la suerte de los estados, conocer la política en su esencia y en su fondo, tener bien deslindados los derechos de la guerra y de la paz, mejor conocidos los resortes tal vez secretos de las naciones extranjeras; y manifestar todas estas luces, este buen sentido crítico, estas miras profundas, que abarcan el cuadro general y político de los pueblos en una discucion clara, metódica y urgente, y con aquella elegante sencillez que sin movimientos apasionados, ni trasportes sublimes, arrastra y subyuga el entendi-

miento, triunfando irresistiblemente de los conatos de la voluntad, ¿quién podrá desconocer en este discurso, aunque pequeño, aquella alma republicana que nunca habia transijido y aquella impetuosidad de carácter que dominaba todos los acontecimientos?

Al recordar aquella superioridad de planes, aquel órden de ideas siempre progresivo y siempre victorioso, al sentir los efectos de una dialéctica tan segura y oratoria, de esta vehemencia de raciocinio que no ha perdido su poder ni con la muerte del idioma que le expresaba, este noble desaliño que multiplicó tantas veces los aplausos de todo un pueblo; esta experiencia lógica, manantial de pruebas incontrastables á la cual cedian todos los sofismas y todos los intereses; esta sencillez atractiva que hacia perder su prestigio á los cuadros brillantes de la imaginacion y á todos los adornos del arte; esta osada sublimidad que hizo estremecer tantas veces á los enemigos del Estado y supo encadenar el orgullo de un atrevido y ambicioso monarca: ¿nos es ya permitido rehusar á Demóstenes el tributo de una admiracion ilustrada?

¿Quién no reconoce aquí el genio impasible de la Grecia que no habia llegado á franquearse nunca sino á los proyectos grandiosos y á las ideas elevadas? ¿Quién no se siente oprimido

por la fuerza prodigiosa del Hércules orador? ¡Con qué satisfactoria seguridad anuncia que el cumplimiento de sus dictámenes está ligado á la felicidad de Aténas! ¡Cuán digno se presenta al proclamarse hijo de la fortuna, incorruptible, incapaz de doblegarse á la seduccion! ¿Con qué compararémos el pudor soberano de que se reviste al mencionar la evidencia y sanidad de sus juicios, este hombre que teniendo la vista fija continuamente en la República, jamás la habia apartado de este objeto en todos sus discursos para considerarse á sí mismo?

Si no se encuentran aquí ni aquellos movimientos terribles encaminados á inflamar el corazon de la multitud, ni el colorido con que suele revestir sus ideas el que se propone principalmente agradar, ni los prestigios de imaginacion que tanto embellecen las obras de los poetas; recordemos que cuando se delibera sobre las fuertes y eficaces medidas en puntos de gobierno, cuando se consultan las prudentes reglas de la conveniencia social, antes ha menester el orador calmar las turbulencias de los espíritus, que desencadenar las borrascosas pasiones cuyo resultado inmediato es arrastrar á su ruina la prosperidad de los pueblos. Nunca más perjudiciales los encantos de la imaginacion que en aquellas situaciones difíciles en que el error traspa-

sando los límites de lo meramente especulativo, trasciende á la suerte de la sociedad: nunca más perniciosos los afectos inflamados del alma que cuando ésta, subyugada por intereses momentáneos, tiene una nube delante de sus ojos que le oculta profundamente los caminos del bien. Motivo y muy grande tendriamos para censurar al orador si le viésemos emplear estos medios en un discurso que por su objeto, su importancia y naturaleza pertenece al número de aquellos en que el entendimiento demasiado zeloso se resiste á escuchar cualquiera razonamiento que no venga expresado en su propio lenguaje. "Para el corto número de aquellos, dice Buffon, cuya cabeza es firme, cuyo gusto delicado, cuyo sentido exquisito, y que cuentan por nada el tono, los gestos y el vano sonido de las palabras, se necesitan cosas, pensamientos, razones: porque no basta herir el oído y ocupar los ojos, es indispensable conmover el corazon hablando al espíritu." He aquí caracterizado en dos palabras el estilo de Demóstenes y el excelente mérito de su arenga sobre la paz.